

# Exigen en Argentina un Balance Objetivo

BUENOS AIRES, 5 de marzo. (EFE)—Un diario de Buenos Aires reclamó hoy un "balance objetivo sobre inversiones y resultados" del Campeonato Mundial de Futbol de 1978 que fue organizado por Argentina.

El matutino liberal La Prensa señala, en un comentario editorial, que "no quedó en claro si el certamen arrojó ganancias o pérdidas" económicas, y que "se aludió a un hipotético saldo favorable de alrededor de veinte millones de dólares, pero no se consignaron las cifras pertinentes".

Agrega que "a pesar de los veinte meses que nos separan de junio de 1978 las autoridades están a tiempo de proporcionar la más amplia información sobre las cuentas del Mundial".

El torneo ganado por Argentina —tras una vibrante final con Holanda— fue organizado por el "Ente Autárquico Mundial 78", y el editorialista recuerda que "la preparación y realización del Campeonato demandó un esfuerzo económico extraordinario que en su momento se hizo sentir en todos los sectores de la población, con derivaciones que aún hoy se perciben".

La Prensa admite que "en su faz ejecutiva, el Mundial 78 constituyó un éxito total, realizado por el triunfo consagratorio de nuestro deporte nacional".

Añade que "fue también una demostración de la capacidad de organización del Ente Autárquico Mundial 1978 que supo sobreponerse a las dificultades de su compleja misión y a una campaña insidiosa de procedencia y alcances conocidos".

El comentario concluye señalando que "un balance objetivo sobre inversiones y resultados" satisficiera la necesidad pública de "conocer los movimientos de fondos registrados y el criterio con que fueron aplicados".

## Encuentros insólitos Maples Arce en Buenos Aires

Sergio Ortiz Hernán

Hay encuentros extraños, por inesperados. Un amigo de la infancia, a la vuelta de la esquina, después de largos años de ni siquiera recordarlo. Un viejo rincón del viejo barrio, a donde no se había vuelto casi desde siempre. Un rostro de mujer, todavía interesante, pese a tenerlo en la memoria con otros rasgos y fulgores, con otra belleza. Y encuentros con ideas, con pensamientos, acaso sólo con reminiscencias...

A ese género de encuentros insólitos pertenece el que tuve con Manuel Maples Arce, en Buenos Aires. Camino por sus avenidas presurosas, sacudido un tanto por un venticillo helado que viene del río. Mucho ha cambiado la ciudad. Ya no se oyen todos sus antiguos pregones, ni se vocean por las calles —como antes— "¡La Marcha de Montevideo! ¡La Marcha!" Sí se escucha todavía el reclamo del botellero, que adquiere los envases vacíos y despierta con sus gritos a los que no madrugaron. Sigo caminando. Paso frente a edificios abandonados, otrora magníficos y hoy cayéndose a pedazos, como viejos barcos carcomidos. En otras partes, no lejos de mi camino, manzanas enteras han caído ante la piqueta para abrir paso al raudal ir y venir de los vehículos, para apurar aún más el ya apurado tránsito de los transeúntes. Y por donde voy, entre viejos y altivos edificios de piedra, han surgido modernos cajones rascacielos, con mucho vidrio en la fachada y escasa imaginación en la factura. Con su insolencia modernizante alteran la fisonomía citadina y rompen sin remedio la armoniosa unidad de la ancha avenida, plena de tradiciones bonaerenses.

Pese a todo, Buenos Aires sigue siendo la gran ciudad del Plata, llena de majestad y señorío. Y el visitante, por poco que la conozca, no queda inmune a sus encantos. Prosigo la caminata, rumbo a la Plaza de Mayo, en cuyo fondo se distingue la Casa Rosada, con sus Granaderos de San Martín en constante guardia. Y ya muy cerca del edificio de *La Prensa*, ese diario oligárquico que, junto con *La Nación*, es un verdadero monumento: a la ignorancia ilustrada (como dice uno de los argentinos más lúcidos que conozco), me encuentro con el notable poeta. Está ahí dentro, en un pequeño local, poco atractivo. Está, en sólido rimerero, rodeado

por varios autores, algunos de escasa significación. Es decir, no está él, con su presencia física imponente, sino uno de sus libros (*A la orilla de este río*), con el recuerdo de las horas de su vida, de su infancia en Papantla, la tierra de la vainilla, "cerca de las pirámides totonacas cubiertas de silencio", y en Tuxpan, con el río que "baja de la cordillera, de los raudales del Pantepec y el Vinazco", y cruza los recuerdos del poeta.

El libro, que adquirí de inmediato en esa polvosa librería de viejo, es bellissimo. Fue publicado en Madrid, en 1964, y está ilustrado por Leopoldo Méndez. Forma, con *Soberrana juventud*, también impreso en la capital española (1967), el conjunto inacabado de las memorias de Maples Arce, quien nació el primero de mayo de 1900. ¿Qué hacían las nostalgias y añoranzas del poeta, las reflexiones de su infancia, rescatadas del olvido "bajo la mirada de un genio fluvial", a la orilla de otro río, tan distante, tan distinto, tan de otras tierras y otros hombres? Y, sobre todo, ¿por qué las saco ahora a cuento? A la primera pregunta no sabría responder. A la segunda, sí.

En *A la orilla de este río*, Maples Arce nos entrega valiosas experiencias, de las que aún no se extraen las enseñanzas debidas. Leo en un diario de los últimos días de febrero lo que sigue:

Al efectuarse el llenado del nuevo oleoducto Poza Rica-Ciudad Madero ocurrió un derrame de petróleo crudo en el río Tancochín, frente a la población de Naranjos, Veracruz. La descarga "puede haber alcanzado un volumen total de mil barriles". Se debió a un desperfecto de una válvula de los desfuegos, de diez pulgadas de diámetro, cuyas causas se desconocen hasta el momento.

Vienen a la memoria, inevitablemente, otros desastres. Y no puede dejar de pensarse en lo poco que se atiende a la experiencia. Maples Arce tiene algo que contar a este respecto: los tiempos en que el petróleo se consideraba "una maldición", el incendio de Dos Bocas, el Potrero del Llano y la contaminación del Tuxpan, de ancho cauce y aguas claras...

En fin, el tema da para mucho y habrá que seguirlo alguna vez.